

LUIS PÁSARA

LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

Capítulo 5

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL
SOLAR Fernando EGUREN Alberto
GONZALES Álvaro HENZLER Max
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.
D.L. 2017-07453
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

JAIME MONTOYA UGARTE

«LA MISMA IDEA DEL CAMBIO SE RELATIVIZÓ CON LOS AÑOS Y LA EXPERIENCIA, AL CONVENCERME DE QUE NO SE MODELA UNA SOCIEDAD COMO SI FUESE UNA ESCULTURA».

Fue un proceso. La idea de cambiar el mundo fue sembrada por la educación de los jesuitas, en el colegio La Inmaculada de Lima. Quizá la idea del compromiso aún no estaba muy clara, pero había conciencia de que era un privilegiado en una sociedad en la que no todos tenían la oportunidad de educarse y, muchos, ni siquiera de aprender a leer. El poder ingresar a la universidad era una expresión de esa condición de privilegio, que obligaba a retribuir a la sociedad lo recibido, buscando un país más justo. Esa responsabilidad cuajó de forma más definida con el ingreso a la universidad y el mundo de posibilidades y perspectivas que esta abría.

La educación escolar fue reforzada por la sensibilización que me produjo el conocimiento del Perú y sus contrastes, gracias a los viajes por tierra a buena parte del Perú, realizados en familia durante las vacaciones. También contribuyó el gusto por la lectura, que fue la otra gran ventana por la que conocí el mundo. Si bien leía mucho y de todo, no recuerdo un libro en particular que haya influido en forma especial. Sí tengo claro que la lucidez de los discursos políticos de Héctor Cornejo Chávez, planteando una tercera posición, alternativa a las propuestas del capitalismo y el marxismo, me marcaron profundamente. También influyeron libros como *Manifiesto por una civilización solidaria* del padre Lebret y *Mensaje al Perú* de José Luis Bustamante y Rivero.

La inicial toma de conciencia de la realidad política del Perú completó el compromiso. Haber conocido, como amigos de casa, a luchadores sociales perseguidos por la dictadura militar de Odría debido a sus ideas de construir un país más justo, me llevó a valorar la democracia, a rechazar la tortura y la práctica de exiliar a los opositores. Me acuerdo en especial de una persona que fue muy amiga de la familia durante muchos años: Humberto Núñez Borja, un arequipeño, abogado de mucho prestigio, pero sobre todo muy comprometido con cosas sociales. Probablemente fuera comunista; digo probablemente porque nunca definimos el punto, pero era una persona muy identificada con los problemas sociales y laborales de Arequipa y lo siguió

siendo toda su vida. Entre los docentes, subrayo la figura de Luis Jaime Cisneros que, muy inteligentemente —hablándonos de la Generación del 98 en España—, supo generar en muchos de nosotros la idea de que constituíamos una generación que tenía un compromiso con el Perú. Llegué al convencimiento de que uno no podía quedar impasible y tenía la obligación de contribuir a cambiar la realidad.

Respecto de los mayores, existió diferenciación pero no ruptura. Tuve conciencia temprana de que entre las generaciones no había necesariamente una ruptura sino una secuencia de etapas, cada una de ellas marcada por experiencias específicas. A mi criterio, la suma de la experiencia de los mayores y el empuje juvenil era la receta adecuada para afrontar los desafíos institucionales o nacionales. También era consciente de que ni los «mayores», ni los «contemporáneos», constituían grupos de pensar homogéneo.

Quizá la figura que más impactó a mi generación y, por supuesto a mí, fue Fidel Castro y su gesta guerrillera en Sierra Maestra, que provocó el derrocamiento de la corrupta dictadura de Batista en Cuba. Representó una especie de Robin Hood latinoamericano, que inflamó la generosidad y el romanticismo juveniles, convirtiéndose en un modelo que llamaba poderosamente la atención. La primera imagen que tengo de él es la publicación de *Life*, en la que lo pintaban en Sierra Maestra, todavía en la guerrilla: era el luchador contra la corrupción y la dictadura. Luego, asume el poder, recibe el apoyo de la Unión Soviética y se declara marxista-leninista. A esa altura lo marxista-leninista no me cuadraba, pero sí veía un proceso de mejora en lo social y, cada vez más, me fui convenciendo de que en lo político en Cuba había una dictadura poco respetuosa de los derechos humanos y de la discrepancia.

Creo que cada vez se fue definiendo que hubo ahí una utopía, un ideal que trató de concretarse, pero que fracasó por una serie de condiciones, desde la propia estructura totalitaria del régimen hasta el perfil económico. Fue fracasando y, finalmente, el ideal que se buscaba devino en dictadura, persecución de derechos humanos y pobreza general, independientemente de los logros sociales que pudieran haber tenido. Nunca hubo de mi parte una condena absoluta; siempre hubo una expectativa, pero también un distanciamiento para mirar lo más ponderadamente posible los pros y los contras. Naturalmente, hoy día pesan mucho más los contras.

«A PARTIR DE LOS AÑOS SETENTA,
LA UTOPIA PARTIDARIA,
COMO NORTE COMPARTIDO
EN LA DEMOCRACIA CRISTIANA,
EMPIEZA A DESDIBUJARSE».

La primera decisión importante hacia la responsabilidad de «cambiar el mundo» fue mi inscripción en la Democracia Cristiana en 1959. Luego de las primeras dudas, descarté la construcción de una «patria socialista» planteada por el Movimiento Social Progresista, por entender que era un sueño etéreo sin un camino claro. Mi opción fue por construir una democracia transformadora. Sentí que las ideas internalizadas por la educación familiar, escolar y las propias lecturas, las encontraba plasmadas en el social-cristianismo representado en el Perú por la Democracia Cristiana de esa época.

La decisión me marcó profundamente. Los principios y valores del social-cristianismo a los que adherí han continuado presentes en mí durante más de cincuenta años. Con el tiempo y la experiencia, aprendí a distinguir entre las motivaciones y el instrumento a través del cual debía implementarlas. Esta diferenciación justificó mis alejamientos de la militancia, cuando consideré que el instrumento, el Partido Demócrata Cristiano, devenía en inoperativo para «cambiar el mundo».

La «revolución» para mí era, y es, el proceso de cambio social, político y económico necesario y posible para alcanzar en el Perú «el desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres». Es una visión motivadora que lleva a luchar por cambiar el presente en aras de un Perú mejor para su gente. La revolución debe ser audaz, pero también realista y pragmática, de modo que el remedio no sea peor que la enfermedad. La acción política consistía en crear las condiciones para hacer posible la revolución. En una opción democrática, era propiciar una conciencia mayoritaria hacia su necesidad y luchar por tener una institucionalidad que lo permitiese. El tipo de reformas estructurales, propiciadas por la Democracia Cristiana en su primer plan de gobierno, en la campaña de 1962, eran una opción orientadora de la acción política, que justificó la tarea de construcción del partido y emplearlo como medio para convencer al resto de ciudadanos.

El Partido evoluciona y cambia con el tiempo. Al surgir contra la dictadura de Odría, afirma su convicción democrática. Luego va perfeccionando su propuesta política de cambio social que concreta en las reformas estructurales planteadas en la campaña de 1962. En 1963, en el gobierno de la Alianza AP-DC, esas reformas no se pueden implementar por no tener mayoría en el Parlamento. El gobierno de Velasco Alvarado asume las banderas, las implementa y, finalmente, fracasa, cerrando un ciclo de la historia política peruana.

A partir de los años setenta, años de efervescencia ideológica en el Perú y en la Democracia Cristiana, la utopía partidaria, como norte compartido, empieza a desdibujarse. Ante el alejamiento de Bedoya y la constitución del Partido Popular Cristiano, la Democracia Cristiana se reafirma en su posición de izquierda y a favor de la revolución, y plantea la sociedad comunitaria. Esta evolución del partido dejó en el camino a muchos militantes; de los que quedaron, unos avanzaron con prudencia

y otros aceleraron el paso, produciéndose un proceso de diáspora que fue debilitando progresivamente a la organización hasta anularla como instrumento de conquista del poder.

Mi militancia tuvo dos etapas muy marcadas y distintas: la juvenil, de 1959 a 1971 y la de la adultez, de 1980 a 1990. La primera, la de la juventud, fue la de militancia en la juventud distrital y departamental, asumiendo distintas responsabilidades relacionadas con la organización del Partido y el apoyo a la campaña electoral de 1962. Terminada esta, me tocó asumir la experiencia de la dirigencia estudiantil en la Universidad Católica. En lo personal fue una expresión de militancia, pero con un mensaje orientado a fortalecer la institución universitaria y el gremio estudiantil, evitando la partidización. El objetivo central de la Federación de Estudiantes de la Pontificia Universidad Católica se orientó a sensibilizar socialmente a los estudiantes, a través de tres acciones: la campaña de alfabetización, la formación de dirigentes y el campamento de trabajo, tareas que, en un trabajo de equipo, dejaron una marca en la historia de la Federación.

Hacia 1967 asumí la Secretaría General de la Juventud del partido, en una etapa de mucha efervescencia ideológica. Me alejé del partido en 1971, después de una duda larga. Cuando en 1962 Cornejo Chávez lanza la candidatura presidencial, estábamos en la convicción de que iba a ganar porque era un pensamiento tan lúcido y una propuesta tan concreta. Sacó el 3%... y Fernando Belaunde, a quien se le había denominado algo así como «experto en carreteras», sacó el 32%. Primer gran desconcerto. En 1966 se produce la ruptura interna en el partido. Nos quedamos con la idea del partido chico, del partido ideológico que se desmembraba porque no le gustaban determinadas palabras, porque la palabra revolución debía ir antes y no después. Hubo falta de un liderazgo inclusivo. Cornejo tuvo un liderazgo distante, conceptualmente más o menos claro, pero cuando elaboraba cosas —o no las tenía claras— se retiraba y dejaba al frente a gente sin nivel.

Hubo entonces un congreso ideológico que aprobó, a propuesta de Cornejo, la sociedad comunitaria como modelo ideal. Creo que ahí empezó el principio del fin, porque esta noción radicalizó a algunos, que querían tener la sociedad comunitaria ya y definida en detalles. Otros la veíamos como una aspiración, pero que no podía estar tan definida porque eso dependía de la propia realidad. Otra gente se asustó y poco a poco se fue enfriando y alejando. La efervescencia política y la liberación, los movimientos del marxismo y nuestra cercanía como Juventud Demócrata Cristiana a la coordinación con gente comunista —con gran reticencia de la dirigencia del partido— nos llevaron a que no viésemos un camino. En ese contexto se dispuso la expulsión de la dirigencia de la Juventud, que cuestionamos en un plenario que al final perdimos, recibiendo la amenaza de más expulsiones. La Juventud hizo espíritu

de cuerpo y se retiró en grupo, en un contexto en el que ya el partido, como partido, tenía muy poco que hacer, menos aún con esa dirigencia cuadrículada.

La segunda etapa como militante fue de 1980 a 1990. Había observado con interés el rol importante que jugó Cornejo en la Asamblea Constituyente de 1979. En 1980 hubo un congreso del partido en el que se enfrentaron «cornejistas» y «blanquistas» —por Carlos Blancas—, en el que eligieron a Lituma y, buscando una fórmula conciliadora que contribuyese a unificar el partido, me llamaron a la Secretaría General del partido. Yo me consideraba fuera pero dijeron «hay una amnistía y que todos entren de nuevo». Después de haber dicho que no, dije: «Bueno pues, adelante, a ver qué pasa».

La tarea fue reunificar un partido muy marcado por resentimientos y posicionarlo luego de la debacle electoral de 1979. Para cumplir el primer objetivo se inició una paciente labor de reconquista de militantes en todo el Perú, limitada por la falta de recursos. El esfuerzo unificador avanzó pero no tuvo éxito total; muchos recalcitrantes se fueron. Con el objetivo de recuperar vigencia política, participamos en las elecciones municipales de 1983 y, posteriormente, apoyamos al APRA en las elecciones de 1985. El triunfo de Alan García nos permitió a los demócrata-cristianos obtener dos ministerios: Justicia y Trabajo, un senador, César Delgado Barreto y un diputado, Carlos Blancas Bustamante. El voluntarismo político de Alan García no logró controlar al senderismo en ascenso, generó la mayor inflación de la República y generalizó la corrupción. El Partido se alejó del gobierno y apoyó a Alfonso Barrantes Lingán en las elecciones de 1990. Mientras tanto, el liderazgo que se afincó en el partido fue el de Carlos Blancas, un liderazgo que sacrificaba todo a su propia carrera personal, que fue lo que finalmente terminó de enfriar y de alejar a mucha gente, incluso a los que habíamos participado muy activamente en la unificación. Finalmente, el partido perdió toda significación política. Cuando entonces me decepciono y me retiro no tengo mucho tiempo para pensar porque me dedico a apagar incendios en el aspecto familiar y laboral. Pero políticamente fue muy frustrante, decepcionante.

«FUE UNA DECEPCIÓN DEJAR
UN INSTRUMENTO QUE HABÍA
GENERADO MUCHAS AMISTADES,
UNIDAS POR EL CONVENCIMIENTO
DE QUE SE TENÍA UNA TAREA COMÚN
POR REALIZAR».

En mi caso, la militancia partidaria significó colaborar en la construcción del instrumento del cambio, la acumulación de fuerzas y voluntades tras la construcción del ideal. La militancia indudablemente afectó la vida familiar, directa e indirectamente. Directamente, por las horas que se restaron a la esposa y a los hijos, e indirectamente, por lo que significó en tiempo y capacidades mermaidas al trabajo, lo que a su vez repercutió en lo que no se pudo dar a la familia.

Las circunstancias y las experiencias hacen cambiar las perspectivas que las personas tenemos sobre lo que debe hacerse en cada momento. Obviamente, asumir las consecuencias del cambio de perspectiva genera una crisis, sobre todo en el momento de la duda acerca de qué es conveniente hacer. La propia decisión adoptada resuelve la crisis y es liberadora. Una de estas situaciones se produjo cuando, en tiempos del gobierno militar decidí, con muchos otros militantes, renunciar al partido por considerarlo un instrumento ineficaz para acceder al poder y construir una nueva sociedad.

La renuncia al Partido Demócrata Cristiano fue una decisión compartida con quienes, durante más de una década, había trabajado codo a codo, tanto al interior del partido como en el movimiento gremial universitario. Fue una etapa en la que, manteniendo la amistad y la confianza mutuas, se produjo una dispersión. Hubo quienes insistieron en el trabajo político, aquellos que canalizaron sus inquietudes a través de la docencia, el periodismo o el trabajo profesional. Indudablemente, fue un hito en la historia personal de un gran número de jóvenes, que marcó mucho su desempeño futuro.

Para mí, fue una decepción dejar un instrumento que había generado muchas amistades, unidas por el convencimiento de que se tenía una tarea común por realizar, pero también la conciencia de una decisión adecuada —dada la ineficacia del instrumento partidario—, que me permitió recuperar mayor libertad para afrontar los desafíos del trabajo y la familia y, desde otras trincheras, contribuir con el desarrollo del país. La decisión de apartarme de la militancia significó un viraje en mi vida que empezó a girar, durante diez años, en torno al trabajo y a la familia, y en una búsqueda infructuosa del instrumento idóneo para canalizar inquietudes sociales y políticas.

El no sentirse parte de una organización política, deja un vacío y limita la capacidad de aportar al país. A partir de ese momento, hubo una permanente búsqueda de canales a través de los cuales encauzar las inquietudes sociales y políticas. De ahí que mantuve la disponibilidad para asumir responsabilidades en una función pública y la participación en distintas asociaciones privadas sin fines de lucro para estudiar y difundir el pensamiento socialcristiano, para profundizar en la reforma del Estado o contribuir a una ciudadanía con conciencia ecológica.

La acción política no se expresó solo en la construcción del partido. En su momento, fue también la acción en el gremialismo universitario, cuya motivación última era contribuir al cambio en el Perú, sensibilizando a los universitarios, sus futuros dirigentes.

En otro momento, la acción política significó asumir responsabilidades en la función pública; en mi caso fue el desempeño como regidor en la Municipalidad de Lima, responsabilidad que acepté pese al grave perjuicio que significó descuidar mi centro laboral en un mal momento. Posteriormente, pude colaborar desde el Congreso de la República como asesor de la presidencia, y desde el Ministerio de Cultura, como asesor del ministro. Finalmente, la docencia es un canal que ayuda, en lo personal, a entender mejor al Perú, y a sensibilizar a los alumnos respecto de la responsabilidad que tienen respecto de su país.

«LA HISTORIA DEL PERÚ TIENE
UN QUIEBRE CON VELASCO.
NUNCA HE VISTO, COMO HUBO EN
UN PRIMER MOMENTO, TANTA
CONCURRENCIA DE TODOS LOS
SECTORES EN TORNO A UN PROCESO».

La revolución del general Velasco hizo cuestionar el modo de ver las cosas, haciendo replantear el significado de la democracia como sistema y del partido como instrumento. Los demócratas cristianos teníamos por definición una opción democrática y una orientación social. La democracia formal que vivimos de 1956 a 1968, que significó una barrera infranqueable a los cambios, hizo dudar en muchos la confianza en que con instituciones democráticas se pudiese hacer el cambio requerido por el país. El golpe militar y la concreción de reformas por las que habíamos luchado durante años relativizaron nuestra confianza en que los mecanismos democráticos —el sistema y el partido—, fuesen los instrumentos idóneos para conseguir la transformación, motivación última de nuestra militancia en política.

El gobierno militar me generó una serie de cuestionamientos. El concepto de democracia estaba un poco sacralizado... y determinadas circunstancias de cambio social pueden cuestionarlo. En la revolución militar había una perspectiva totalmente distinta, donde los partidos no tenían mayor juego. Creo que la historia del Perú tiene un quiebre con Velasco. Nunca he visto, como hubo en un primer momento, tanta concurrencia de todos los sectores. Veías trabajar a apristas, democristianos, socialistas, comunistas en torno a un proceso de reforma agraria, de reforma de la educación o de SINAMOS. Salvo la extrema derecha y la extrema izquierda de esa época, todo el mundo estaba detrás de la revolución, en su primera etapa. Pero aquello que se consideraba irreversible, en muy pocos años ha revertido.

Realmente Velasco fue una propuesta polarizante. La falta de consensos o el enfrentamiento a poderes que pueden solaparse mucho pero que están latentes, hace que apenas pase el temporal empiecen a recuperar rápidamente sus privilegios. Es lo que, cambiando formas y estilos, nos ha pasado. Hay con Velasco un hito sumamente importante, que creo todavía marca a mucha gente que estuvo más comprometida que yo y que ha dejado a toda una generación sin mucho juego, debido a estas corrientes posteriores que simplemente satanizan todo lo que fue Velasco.

La perspectiva te hace corregir ópticas y valorar los intentos que se hicieron y no contaron con el apoyo de uno. La conclusión, en mi caso, fue desacralizar la democracia pero seguir creyendo en ella, aceptar la frase de Churchill: «la democracia es el peor de los sistemas, excepto todos los demás». La misma idea del cambio se relativizó con los años y la experiencia, al convencerme de que no se modela una sociedad como si fuese una escultura; la sociedad tiene muchos actores con intereses divergentes, algunos a favor de los cambios y otros en contra; gobernar es arbitrar esos intereses buscando avanzar todo lo posible, sin forzar cambios que puedan estimular reacciones que hagan retroceder lo avanzado y, algo más grave, involucionar.

El discurso de la lucha armada fue cobrando vigencia en sectores de contemporáneos; algunos amigos y conocidos se comprometieron con las guerrillas de 1965. Luego, ya en los setenta, el concepto se hizo más común entre los universitarios. La lucha armada nunca fue una decisión que yo asumiera como el camino a tomar. Pueden haber existido momentos de inmadurez juvenil en que consideré la violencia como el camino más corto para imponer un cambio justiciero. Pero no pasaron de elucubraciones desechadas por crueles e ineficaces. Consideré la lucha armada como expresión de un voluntarismo utópico, que quería forzar la realidad, más allá de lo que esta permitía, generando resistencias que arrasarían con lo poco que pudiera haberse avanzado. Me quedó claro que los cambios sociales, para producirse y mantenerse, son procesos más bien lentos, que pueden acelerarse con voluntad política y desde el ejercicio del poder pero con prudencia, para no generar costos sociales peores que los males que se aspira a resolver, o reacciones que hagan retroceder lo avanzado.

La posterior aparición de Sendero Luminoso y de los emerretistas es en nuestra patria una experiencia dolorosa, que demuestra cuánto daño puede hacerse mediante la violencia y el terror, sin conseguirse resultados que pudiesen justificar los métodos utilizados. Antes bien, generaron respuestas de la sociedad a través de la policía y del Ejército, desproporcionadas, como lo explica muy bien el Informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación.

De la ilusión juvenil de creer que uno es un superhombre que, con tu generación, puedes cambiar las cosas he pasado a una actitud bastante más resignada, que ve oportunidades de apoyar y empujar, sabiendo que el cambio es un proceso lento

y que tiene que ser consensuado para que pueda ser permanente. En esto hay más madurez, diría yo; otros dirían aburguesamiento.

Tengo la impresión de que es el cambio de valores culturales lo que hace la gran diferencia entre generaciones. Nací en un contexto cultural en el que dos grandes ideologías se disputaban el control de nuestras mentes. Algunos buscamos una alternativa distinta, luchando simultáneamente por libertad e igualdad, considerando que el ser humano, la razón de ser de nuestro compromiso, no podía desarrollarse si era mutilado de cualquiera de las dos.

Hoy, la desmitificación y el desencanto ante las utopías es una de las características del pensamiento posmoderno de la juventud actual. La conciencia de lo complejo y de lo difícil que es construir un paraíso en la tierra, hace que se descarten las utopías. Los jóvenes están imbuidos de que lo que vale es lo que cada individuo pueda alcanzar a tener en un contexto de competencia de individualidades, donde lo colectivo ha perdido valor.

Mi comunicación con la generación actual se da en el ámbito laboral, docente y familiar. La utopía no suele ser un tema que facilite la comunicación intergeneracional. En este momento, hablar de las utopías del siglo pasado hace que te vean como bicho raro. Es más, la utopía se plantea hoy en día como una construcción teórica, idealizada, casi literaria e inalcanzable. Ha sido sustituida por las visiones, objetivos motivadores pero alcanzables, de un plazo mediano o largo, inspiradas en modernas técnicas de prospectiva que plantean diversos escenarios factibles, que facilitan definir objetivos que nos permitirán alcanzar esa visión, en periódica revisión y actualización, y plantear estrategias que viabilicen su consecución. Hacer girar las cosas, más que en torno a una utopía, en torno a valores y a la persona humana como eje, te permite pensar muy en concreto. Si eso lo vinculo con conceptos como el de la planificación, de una cierta visión prospectiva para labrar un futuro mejor, pero visible, perceptible, sí me permite conversar con la gente joven.

Estamos viviendo un cambio entre aquellos que denigraron el concepto de planificación, hacia una creciente aceptación de la necesidad de que se planifique. Pero la idea de la planificación centralizada en el Estado ha cedido paso a una planificación participativa, consensuada, que es la única manera de tener ahora gobernabilidad y gobernanza.

En mi comunicación con los jóvenes trato de mantener y difundir la realidad peruana actual con sus problemas y posibilidades, y transmitir los valores y la necesidad de cambio que me animaron desde joven. La docencia es hoy un canal ideal para este quehacer. En el ámbito familiar, con mi esposa —socióloga que vivió la universidad en los años setenta— inculcamos a nuestros hijos el amor a su país, descubrir su realidad y la necesidad de ser solidarios con quienes más lo necesitan.